

PAUTAS PARA TRADUCIR TEXTOS
DE CIENCIAS SOCIALES

This book has been published with the generous support of the Ford Foundation. Special thanks are due to Galina Rakhmanova.

Copyright ©2006 by American Council of Learned Societies, New York. The ACLS grants use of this title free of charge for all non-profit, educational purposes. Proper citation is required; ACLS requests that citations include: "SSTP *Guidelines* is available in multiple languages at www.acls.org/sstp.htm." For all other uses, contact permissions@acsls.org.

ISBN: 978-0-9788780-7-8

10 9 8 7 6 5 4 3 2 1

PAUTAS PARA TRADUCIR TEXTOS
DE CIENCIAS SOCIALES

*Traducción del inglés por
Teresa Solana*

INVESTIGADORES RESPONSABLES DEL PROYECTO

Michael Henry Heim y Andrzej W. Tymowski



AMERICAN COUNCIL OF LEARNED SOCIETIES

PAUTAS PARA TRADUCIR TEXTOS DE CIENCIAS SOCIALES

Traducción del inglés por Teresa Solana

Objetivos

Las Pautas que ofrecemos a continuación son fruto del Proyecto para la Traducción de las Ciencias Sociales, una iniciativa auspiciada por el *American Council of Learned Societies* y patrocinada por la Fundación Ford. (Para la lista de participantes en el Proyecto para la Traducción de las Ciencias Sociales, véase Apéndice A.) Lo que se pretende a través de estas Pautas es fomentar la comunicación en el ámbito de las ciencias sociales más allá de las fronteras impuestas por las lenguas.

La traducción constituye un desafío intelectual en toda regla. Es un proceso sumamente complejo con el que deben familiarizarse todas aquellas personas que encargan y/o editan traducciones. Aunque el latiguillo “perdido en la traducción” subraya los riesgos, las dificultades y las potenciales insuficiencias del proceso de traducción, queremos empezar poniendo de relieve nuestro absoluto convencimiento de que es posible comunicarse, y con éxito, por medio de la traducción. Por otro lado,

la traducción es una fuerza creativa: al introducir palabras nuevas, así como los conceptos y convenciones que se asocian a éstas, enriquece la lengua de llegada*. (Los términos seguidos de un asterisco aparecen definidos en el Glosario, Apéndice B.)

Las Pautas que proponemos tratan de la traducción de textos que guardan relación con unas disciplinas académicas que comúnmente se agrupan bajo la rúbrica de “ciencias sociales” (antropología, ciencias de la comunicación, ciencias políticas, derecho, economía, estudios culturales, estudios de género, geografía, historia, psicología, relaciones internacionales, sanidad pública, sociología y campos afines), pero también pueden aplicarse a los textos generados por las agencias gubernamentales y no gubernamentales, así como a los escritos que aparecen en la prensa y en otros medios de comunicación. Muchas de las propuestas serán también de aplicación en el campo de las humanidades (filosofía, historia, historia del arte, musicología, crítica literaria, etc.).

Las Pautas se dirigen fundamentalmente a todos aquellos profesionales que encargan y/o editan traducciones, a quienes, para simplificar, de aquí en adelante denominaremos “editores.” El principal objetivo que persiguen las Pautas es hacer que el proceso de traducción les resulte más inteligible y ayudarles a que afronten la tarea con expectativas realistas: eligiendo al traductor más apropiado para el trabajo, comunicándose eficazmente con los traductores durante todo el proceso de traducción y sabiendo cómo evaluar las traducciones que reciben. En otras palabras, las Pautas contribuirán a que los editores tomen decisiones fundamentadas cuando contraten y revisen traducciones.

Aunque en modo alguno constituyen un manual de traducción, las Pautas también resultarán útiles a los traductores, ya que son ellos quienes tienen que enfrentarse a las peculiaridades que presenta la traducción de textos de ciencias sociales. Dichas peculiaridades son distintas de las que encontramos en la traducción de textos literarios o de escritos que versan sobre ciencias naturales, por citar dos ejemplos, y es justamente a los traductores a quienes corresponde utilizar en cada caso las técnicas más adecuadas para resolverlas con acierto. Las Pautas también proporcionan criterios normativos en relación con aquellas cuestiones técnicas (citas, transliteraciones, terminología técnica, etc.) de más frecuente aparición.

Finalmente, las Pautas resultarán útiles al consumidor del producto final. El hecho de explicar los criterios de traducción utilizados y poner en claro lo que los lectores pueden esperar de la traducción contribuirá a que éstos lean los textos con una mayor sensibilidad y comprensión.

Cómo se han elaborado las Pautas

En el citado Proyecto han participado traductores especializados en el campo de las ciencias sociales, especialistas académicos de las diversas disciplinas y un grupo de editores y periodistas. Los traductores facilitaron a todos los participantes traducciones de ocho categorías distintas de textos en las cuatro

lenguas del Proyecto: chino, inglés, francés y ruso. Estas ocho categorías pretendían abarcar el abanico de géneros y estilos con los que puede encontrarse un traductor que se ocupe de traducir textos de ciencias sociales: escritos académicos (incluyendo textos teóricos, textos de carácter técnico y textos en los que abunda la jerga propia de la disciplina), periodismo de alta calidad destinado a un público con conocimientos sobre el tema, documentos gubernamentales, documentos de organizaciones no gubernamentales (ONGs), manifiestos, editoriales, cartas al director y, finalmente, sondeos y encuestas. Mientras preparaban las traducciones, los traductores fueron tomando nota de los problemas que iban surgiendo y de las estrategias que ideaban para resolverlos. En el transcurso del Proyecto, los participantes se reunieron en tres ocasiones: en la primera reunión, se eligieron los textos que se iban a traducir; en la segunda, se comentaron las traducciones, y, en la tercera, se redactaron las Pautas. Durante el primer encuentro, que tuvo lugar en Moscú en julio de 2004, los participantes se reunieron con los miembros de un equipo que se había encargado de promover la traducción al ruso de unas quinientas obras de carácter erudito relacionadas con las ciencias sociales y las humanidades (véase Apéndice C); durante el segundo encuentro, que se celebró en Nueva York en octubre del mismo año, tuvo lugar un foro abierto en el que participaron editores que trabajan en el campo de las ciencias sociales; durante el tercer encuentro, que se desarrolló en Monterey (California) en marzo de 2005, los integrantes de Proyecto participaron en una mesa redonda con miembros de la Facultad de Traducción e Interpretación del Instituto de Estudios Internacionales de Monterey. Finalmente, el texto resultante se envió a un grupo de lectores externos especializados en el tema para que aportasen sus observaciones y comentarios. Así pues, las Pautas que el lector tiene ante sus ojos son el resultado de un largo proceso, que no necesariamente ha concluido. Quienes han participado en el Proyecto agradecerán los comentarios y sugerencias que puedan hacer los lectores. Para ello,

pueden dirigirse a alguno de los dos investigadores responsables del Proyecto: Michael Henry Heim (heim@humnet.ucla.edu) y Andrzej W. Tymowski (atymowski@acls.org).

Porqué son necesarias unas Pautas

La necesidad de disponer de mejores traducciones en el ámbito de la literatura de las ciencias sociales es palmaria. Un ejemplo de ello es la traducción al inglés, realizada en los Estados Unidos, del destacado estudio de Simone de Beauvoir *Le Deuxième Sexe (El segundo sexo)*, un texto feminista clásico. Según una crítica recientemente publicada, la traducción inglesa distorsiona gravemente el original (véase Sarah Glazer, “Lost in Translation” [“Perdido en la traducción”], *New York Times Book Review*, 22 de agosto de 2004). El traductor, que se eligió de un modo más o menos arbitrario, incurrió frecuentemente en errores elementales: por ejemplo, según su traducción, las mujeres están frustradas “a pesar de” en vez de “a causa de” la falta de guarderías para niños. Y, lo que es más importante, el traductor no estaba familiarizado, ni siquiera mínimamente, con la filosofía existencialista de la que partía Simone de Beauvoir, de manera que tradujo *pour soi*, “ser para sí,” como “naturaleza verdadera” de la mujer o como “esencia femenina,” y utilizó la palabra “subjetivo” en el sentido coloquial de “personal” en lugar de recoger el sentido existencialista de “ejercer el libre albedrío.” Como resultado, generaciones de lectores ingleses han difundido sus respectivos puntos de vista sobre las doctrinas de Simone de Beauvoir sobre una base errónea. La traducción apareció en 1953 y todavía hoy es la única disponible en inglés.

Asimismo, palmaria es también la necesidad de que haya *más* traducciones de la literatura de las ciencias sociales. El momento, además, es oportuno. Los cambios de régimen que tuvieron lugar a finales del siglo XX, de una importancia indiscutible, han propiciado que los países del antiguo bloque comunista sientan la necesidad de traducir masivamente los clásicos occidentales de las ciencias sociales. Ahora bien, este vacío en lo

que respecta a las traducciones en estos países se da también a otras partes del mundo. La introducción que encabeza una reciente recopilación de artículos sobre la evolución que ha tenido lugar en China es un claro ejemplo de la necesidad de que Occidente aprenda más cosas de la sociedad china a través de los escritos de los pensadores chinos. A continuación, reproducimos un significativo párrafo del mencionado texto, ya que la cuestión podría aplicarse, *mutata mutandis*, a la comunidad global en su conjunto.

Durante más de un siglo, los intelectuales chinos se dedicaron a traducir e introducir el pensamiento y la literatura occidentales en China. Los acontecimientos políticos de diverso signo, incluyendo las guerras civiles y los conflictos con otros países, interrumpieron el largo flujo de este trabajo de aprendizaje, si bien nunca lo detuvieron del todo. Hoy en día, los lectores chinos pueden acceder en su lengua nativa a amplias áreas de la literatura y la filosofía occidentales, así como al pensamiento político y económico, a los textos clásicos y a los debates que actualmente se producen en otras partes del mundo. No obstante, este proceso de familiarización cultural ha sido unilateral. Ni el alcance ni la profundidad de la civilización china tradicional, como tampoco la importancia que tiene China en la historia contemporánea, se reflejan en un corpus comparable de traducciones del pensamiento y la cultura chinas. Ciertamente, los clásicos de la poesía y la narrativa han encontrado traductores competentes y esforzados, pero no así la historia y la filosofía. . . . Para mencionar sólo algunos de los ejemplos más significativos, no existen traducciones al inglés [como tampoco al español] de las principales obras de Hu Shi, la figura central del primer liberalismo chino; ni de los ensayos de Lu Xun, cuya influencia fue tan importante, si no mayor, como la que tuvieron sus obras de ficción, algunas de las cuales han sido traducidas al español; como tampoco de los escritos sobre historia de Chen Yinke, extremadamente eruditos. . . . Mientras que el reconocimiento internacional de la literatura china ha ido en aumento desde los años ochenta, a medida que ha

ido siendo traducida a otras lenguas de manera puntual y exhaustiva, todavía no ha sucedido lo mismo en el caso de los debates que hoy se viven en China, los cuales, por regla general, sólo son accesibles a través de la escasa e intermitente cobertura periodística que reciben. (Chaoua Wang, ed. *One China, Many Paths (Una China, muchos senderos)*. Verso: Londres/Nueva York, 2003 [9-10].)

Rasgos específicos que presentan los textos de ciencias sociales

¿Presentan los textos que se ocupan de las ciencias sociales unos rasgos lo suficientemente distintivos como para justificar un enfoque de traducción distinto del que se utiliza en el caso de las ciencias naturales (textos de química, física, matemáticas y similares), por un lado, y de los textos literarios, por otro? Nosotros creemos que sí.

Los textos de ciencias naturales y los de carácter técnico se parecen a los escritos sobre ciencias sociales en que requieren, por parte del traductor, un profundo conocimiento de la materia en cuestión. Ahora bien, puesto que las ciencias naturales tratan fundamentalmente de los fenómenos físicos y de su medición, las posibilidades léxicas tienden a estar establecidas de antemano y es extraño que haya ambigüedades. Así pues, los textos de ciencias naturales serían, en principio, posibles candidatos para la traducción automática. En la medida en que determinadas subcategorías de textos de ciencias sociales se aproximan a la naturaleza técnica de los escritos de las ciencias naturales –los documentos procedentes de las agencias gubernamentales, por ejemplo– también esta clase de textos puede prestarse a ser objeto de traducciones automáticas. (Véase Apéndice G.)

En el ámbito de las ciencias naturales, las teorías suelen alcanzar un alto nivel de generalización y, en ocasiones, se aproximan a la universalidad. En el caso de las ciencias sociales, en cambio, si bien las teorías pueden aspirar a la generalización, a menudo están condicionadas por los respectivos contextos políticos, sociales y culturales. Así, es

posible que una correlación que se dé habitualmente en muchos lugares no se dé en todos. Por ejemplo, la correlación positiva que encontramos en muchos países entre el nivel de bienestar personal y el de la sanidad pública no se da en China en las décadas de 1950 y 1960: en esa época, en China la sanidad pública era mejor que en otros países con un mismo nivel de ingresos. Y lo que es aún más importante y no resulta tan obvio: puede que la terminología utilizada por una determinada teoría no identifique de manera efectiva las realidades empíricas de una sociedad debido a que ajustar dichas realidades a un lenguaje teórico requiere de la interpretación. Para utilizar otro ejemplo procedente de China, el término chino que normalmente se traduce por “tradición,” en referencia a unas prácticas sociales locales, no evoca necesariamente la idea europea de “ley tradicional,” si bien en China las “tradiciones,” es decir, las normas y las convenciones locales, parecen tener a veces un rango afín al de la ley. En el caso de las ciencias sociales, el hecho de aplicar en otro contexto unos términos que se han desarrollado en un contexto determinado puede generar traducciones engañosas: el alcance conceptual de este tipo de términos puede ser distinto si los situamos en contextos diferentes.

En los textos literarios, el estilo y el modo en que se expresa el autor es algo fundamental. Por regla general, los textos de ciencias sociales no dependen, en cuanto a su significado y al impacto que producen, de las formas de expresión utilizadas, aunque hay notables excepciones: algunos especialistas se enorgullecen de tener un estilo literario muy personal. De hecho, algunos textos de ciencias sociales –las narraciones históricas, por ejemplo– están muy próximos a la literatura. No obstante, hablando en términos generales, podríamos decir que la literatura privilegia el matiz, mientras que las ciencias sociales priman la claridad. En la literatura, las ideas y los hechos son creados por y en el texto; en el caso de las ciencias sociales, ambos vienen de fuera. Tanto los textos literarios como los de ciencias sociales son fruto de una cultura determinada, aunque los

textos de ciencias sociales suelen serlo en mayor medida que los textos literarios y, en muchos casos, presuponen y/o describen interacciones entre culturas.

El discurso de las ciencias sociales se distingue también porque, para comunicarse, utiliza conceptos que son compartidos (o refutados) en el seno de una determinada comunidad académica o de determinados grupos –como las organizaciones gubernamentales y no gubernamentales– que comparten objetivos comunes. Los conceptos tienden a adoptar la forma de términos técnicos, que a su vez tienden a tener un carácter propio y específico en cada cultura. La especificidad que presentan los términos técnicos puede vincularse tanto al período en que se originaron como a las características étnicas o ideológicas de la sociedad en cuestión. También pueden incorporar, de manera implícita, ciertas asunciones, esto es, conceptos que en el seno de una determinada cultura se dan por sentados. En consecuencia, una mera “traducción de diccionario” de este tipo de palabras puede resultar insuficiente para transmitir diferencias sutiles de significado y, de este modo, confundir al lector. Así, la palabra rusa *kompromis* puede tener una connotación negativa que no encontramos en la palabra española *compromiso*, mientras que, por regla general, la palabra china *xuanchuan* no tiene la connotación negativa de la española *propaganda*, que es como convencionalmente se traduce esta palabra en español.

La interreferencialidad resultante exige que el traductor esté familiarizado no sólo con el tema del texto sino también con el campo de significados más amplio en el que se mueve. El contexto erudito o académico en el que el texto toma forma es un factor implícito, si bien determinante, en el proceso de traducción. Por tanto, un traductor que traduzca textos de ciencias sociales deberá conocer el “lenguaje” de la disciplina o de la organización en cuestión (la jerga, los lugares comunes, el contexto histórico), y este conocimiento deberá ser tan profundo como el dominio que tendrá que tener de las lenguas con las que trabaja, tanto la

lengua de partida como la lengua de llegada. (Véase Apéndice H, los pasajes citados del lúcido ensayo de Immanuel Wallerstein “Concepts in the Social Sciences: Problems of Translation.” (“Los conceptos en las ciencias sociales: problemas de traducción.”))

Cómo financiar las traducciones

La explicación más común que habitualmente se aduce para justificar la escasez de traducciones en general es el coste que implican. En el caso de las ciencias sociales, la importancia del factor coste es aún más evidente, ya que muchos –si no la mayoría– de los textos producidos por esta disciplina se escriben sin ánimo de lucro: los editores acostumbrados a recibir manuscritos gratis se resisten a dedicar ni que sea una pequeña parte de sus siempre reducidos ingresos a la traducción, sobre todo porque los textos de ciencias sociales raramente generan beneficios. Una manera de solucionar este problema es solicitar ayudas para subvencionar las traducciones. Algunos departamentos gubernamentales dedicados a la información y la cultura financian traducciones de textos escritos en sus lenguas nacionales. Los agregados culturales en el país del editor pueden proporcionarle información acerca de los programas de ayuda existentes, y el editor puede asimismo dirigirse a los institutos y centros de investigación especializados en el tema del texto que se plantea traducir.

¿A quién podemos considerar traductor?

La regla obvia y fundamental, que a menudo se pasa por alto, es que los traductores traducen a su lengua nativa* o lengua dominante*, es decir, la lengua en que pueden expresarse de un modo más preciso y efectivo. Por supuesto, el traductor debe haber adquirido un gran dominio de la lengua de la que traduce, pero hay muy pocos traductores que posean el dominio necesario para poder traducir en ambas direcciones. Aunque los bilingües* constituyen una posible excepción a esta regla, los verdaderos bilingües, esto es, los hablantes que

han crecido siendo educados y aculturados por igual en dos lenguas, son una excepción, salvo en el caso de aquellos países o territorios en los que conviven dos o más lenguas desde hace siglos y en los que el bilingüismo constituye un hecho cotidiano.

En cualquier caso, el hecho de conocer muy bien dos lenguas no hace que uno se convierta automáticamente en traductor. Por descontado, saber dos lenguas es un prerrequisito, pero la traducción es un oficio y, como cualquier oficio, requiere una formación. La calidad del producto final varía en función de la formación que ha recibido el traductor. Ciertamente, el talento y las aptitudes naturales desempeñan un importante papel, pero sin duda la orientación profesional es un elemento fundamental, ya sea para desarrollar el talento o para proporcionar la formación necesaria en relación con los procedimientos técnicos.

Tradicionalmente, la formación de los traductores se ha llevado a cabo en el marco de los estudios de post-grado, en instituciones dedicadas exclusivamente a la traducción y la interpretación. No obstante, en los últimos años las universidades han empezado a ofrecer cursos y licenciaturas en traducción. Puede consultarse una relación de las instituciones que contemplan ambos tipos de programas en: atanet.org/certification/eligibility_approved.php y en www.lexicool.com/courses.asp. El currículum de un Máster suele incluir cursos sobre teoría de la traducción, técnicas y estrategias de traducción, herramientas e traducción, tecnología aplicada a la traducción, la traducción como profesión, etc.

Aunque quienes mejor traducen los escritos de carácter especializado y erudito son los académicos que dominan la materia (véase más arriba “Rasgos específicos que presentan los textos de ciencias sociales” y, más abajo, “Recomendaciones”), no puede esperarse que los académicos, en tanto

traductores potenciales, sean licenciados en traducción. Sin embargo, ahora que en los departamentos universitarios el acceso a la enseñanza de la traducción resulta cada vez más asequible, los especialistas que se planteen traducir textos que consideran fundamentales para sus intereses deberían recurrir a dichos departamentos antes de embarcarse en un proyecto de este tipo.

Entonces, ¿a quién consideramos traductor? Un traductor es una persona cuya lengua nativa o dominante* es la lengua de llegada*, que ha logrado un gran dominio en el manejo de la lengua de partida* y que se ha formado profesionalmente en las técnicas y procedimientos de traducción.

Elegir a un traductor

Hay algunas ideas equivocadas, de las que a menudo se han hecho eco los editores encargados de buscar traductores, que deben desterrarse de inmediato: la primera, que cualquiera que sepa dos lenguas es un traductor potencial; la segunda, que un hablante nativo de la lengua de partida entenderá mejor el original y producirá, por tanto, una traducción mejor. No es demasiado realista esperar que alguien que meramente sepa dos lenguas o que traduzca a una lengua que no es la suya sea capaz de producir buenas traducciones. El traductor ideal, como hemos visto, tiene como lengua nativa o dominante la lengua de llegada, posee un conocimiento sólido y profesional de la lengua de partida y una formación en las técnicas de traducción, y, además, en el caso de textos de carácter académico o erudito, tiene experiencia en el campo correspondiente. Encontrar a un traductor que reúna todos estos requisitos puede ser una tarea difícilísima.¹

¹Puesto que puede darse el caso de que los traductores que reúnen todos estos requisitos no estén disponibles en el momento en que se los necesita, los especialistas están desarrollando técnicas para ayudar a los traductores que reciben el encargo de traducir a una lengua distinta de la suya. (Véase la sección dedicada a la Formación en el Apéndice D, Bibliografía.)

En el caso de obras de carácter académico o erudito, el primer paso del editor será revisar el trabajo que ya han realizado los traductores con las obras anteriores del autor. En el supuesto de que no existan traducciones anteriores, el editor revisará el trabajo realizado por otros traductores que hayan trabajado con la misma lengua y en el mismo campo o en campo afines. Puede que el editor quiera determinar si el autor está familiarizado con los especialistas que tienen como lengua nativa o dominante la lengua deseada, así como saber quién ha hecho la traducción o está interesado en hacerla.

En el caso de obras de carácter menos erudito (textos sobre temas generales relacionados con las ciencias sociales para el público en general, escritos producidos por las agencias gubernamentales y no gubernamentales, y similares), el editor puede recurrir a las listas de traductores acreditados, a menudo clasificadas por campos de especialización, que están disponibles en las diversas asociaciones de traductores. Para una recopilación actualizada de dichas asociaciones, puede consultarse la página web de la Fédération Internationale des Traducteurs/International Federation of Translators: www.fit-ift.org/en/news-en.php y pulsar en “Members.”

Si no se encuentra ningún candidato adecuado mediante alguno de los dos métodos indicados, el editor puede considerar la opción de utilizar a dos traductores a modo de equipo: uno que tenga la lengua de partida como lengua nativa o dominante, y otro que tenga como lengua nativa o dominante la lengua de llegada. El primero se encargaría de proporcionar una traducción aproximada; el segundo, de revisarla hasta convertirla en un texto aceptable, consultando con el primero cuando aparezcan dudas. Que ambos miembros del equipo estén familiarizados con el tema es casi un prerrequisito que debe darse para lograr un buen resultado.

Una vez que se ha elegido a los posibles traductores, el editor debería pedirles una muestra de traducción. Aun en el caso de que se trate de

traductores experimentados o de traductores con los que el editor ya ha colaborado anteriormente, hay que pedir una muestra: el traductor debe adaptarse al texto que tiene entre manos. A continuación, hay que evaluar la muestra –bastarán cinco o diez páginas–, y lo ideal sería que quien realizase la evaluación fuera un hablante nativo de la lengua de partida con experiencia en la temática del texto. El coste que suponen las muestras de traducción y las evaluaciones es una inversión que merece la pena, dada la desagradable posibilidad de pagar íntegramente por una traducción que al final resulta ser deficiente o incluso inservible.

La comunicación entre el editor y el traductor

Puesto que las ciencias sociales tienen la capacidad de influir en las políticas que se adoptan y, por tanto, pueden llegar a tener un impacto en millones de vidas, corresponde a los traductores y a los editores garantizar que las traducciones que salgan a la luz sean lo más fiables posibles. Es vital que la colaboración que se establezca entre ambos sea fructífera. (Para varios estudios breves sobre colaboraciones entre editores y traductores, véase Apéndice E.) Aunque tanto las prácticas de edición como el conjunto de recursos dedicados al proceso de edición son distintos en cada caso, describiremos un escenario ideal y lo modificaremos con algunas sugerencias para el caso de condiciones menos ideales.

Por descontado, antes de que dé comienzo el trabajo de traducción el editor debería procurarse los derechos del texto y redactar un contrato con el traductor. Los contratos y los aspectos que éstos regulan –tarifas, forma de pago (el traductor puede cobrar una cantidad a razón de cada mil palabras de texto traducido, lo que constituye la norma en el mundo anglosajón, o puede cobrar por página, por número de pulsaciones, caracteres, etc.), derechos de autor, derechos secundarios, plazos de entrega, etc.– varían considerablemente de un país a otro y de una editorial a otra, e incluso de un proyecto a otro. La tarifa puede estar relacionada con la experiencia del traductor y la naturaleza del

texto de partida (o, a veces, de la lengua de partida). En consecuencia, nos abstendremos de hacer recomendaciones sobre contratos y tarifas. Los editores que no tengan experiencia trabajando con traducciones pueden consultar los contratos y tarifas tipo que están disponibles en las respectivas asociaciones nacionales de traductores. (Véase en “Elegir a un traductor” la página web que proporciona una lista de dichas asociaciones). No obstante, un aspecto que todo contrato debería contemplar es dónde va a aparecer el nombre del traductor. Todo texto traducido debería identificar al traductor por el nombre, y lo lógico es que éste aparezca inmediatamente después del nombre del autor, es decir, en la portada del libro, o bien al comienzo si se trata de un artículo.

Además de proporcionar al traductor una copia en buenas condiciones del texto original, el editor debería facilitarle también unas normas de estilo, lo que evitará que el editor de mesa desperdicie tiempo y energía, siempre valiosos, en meros detalles técnicos. En la medida de lo posible, el editor y el traductor se reunirán durante la etapa de pretraducción; en el caso de que un encuentro cara a cara resulte inviable, discutirán las cuestiones importantes por correo. El editor debe informar al traductor acerca del contexto en que va a aparecer la traducción y el tipo de lectores a los que va dirigida, puesto que la función del texto jugará un papel importante en el modo en que el traductor aborde la traducción. A su vez, el traductor debe avisar al editor de los posibles problemas (verborrea, jerga oscura, sintaxis torturada*) y proponer estrategias para resolverlos. Por ejemplo, el traductor puede plantear al editor un conjunto de propuestas de traducción en el que se abarquen los dos extremos –traducción literal y traducción libre- y preguntarle en qué punto del espectro quiere que se sitúe la traducción. (Para ejemplos de una literalidad excesiva y de traducciones más aceptables, véase Apéndice F.) El traductor debe avisar con tiempo al editor si prevé que la traducción no va a tener la misma longitud que el original. Por ejemplo, una traducción al español

de un texto en inglés suele ser considerablemente más larga que el original inglés, mientras que una traducción al inglés de un texto en español o alemán suele ser algo más corta.

Dado que hay pocos editores que posean los conocimientos lingüísticos necesarios y/o los conocimientos específicos propios de la materia para poder asimilar el texto original, el editor responsable de contratar la traducción podría considerar la posibilidad de trabajar con un corrector *free-lance* que domine ambas lenguas y esté familiarizado con el tema para que compare la traducción con el original. No obstante, incluso los editores que no pueden acceder al original son capaces de descubrir pasajes problemáticos (falta de lógica, inconsistencias, dificultades terminológicas, etc.) tras una lectura minuciosa del texto. Por tanto, deberían echar un vistazo a uno o dos capítulos a medida que avanza la traducción, sobre todo si en el proceso de selección no se solicitó una muestra de traducción.

El editor debería mostrar al traductor todas las enmiendas realizadas durante el proceso de edición y corrección, que sale ganando cuando se enfoca como un toma y daca. Por laborioso que pueda parecer este proceso y toda la empresa de traducción en sí, el editor debe tener presente que, una vez que el texto aparece en traducción, ésta adquiere una autoridad propia, convirtiéndose en un texto autónomo que sienta las bases potenciales para la creación de ideas. En consecuencia, todas las personas involucradas en el proyecto deben asegurarse de que la traducción refleja de un modo preciso el original.

La comunicación entre el autor y el traductor

Hasta qué punto habría que consultar al autor -cuando se trata de un autor vivo- mientras se está realizando la traducción es una cuestión que depende de varios factores, que incluyen la personalidad del autor, su disponibilidad y su grado de sofisticación lingüística y/o competencia. Puesto que el traductor actúa como representante

del autor, la cooperación beneficia a éste último, y el hecho de que el autor se involucre en la traducción puede resultar útil. No obstante, la colaboración entre autores y traductores no siempre está exenta de problemas. (Para ejemplos de experiencias positivas y negativas, véase Apéndice E.)

Domesticación* vs. Extranjerización*

El editor y el traductor deben ponerse de acuerdo sobre la estrategia básica que se va a adoptar para traducir un determinado texto. ¿Hasta qué punto es necesario que el traductor “aculture” el original, es decir, que haga que el enfoque metodológico, las categorías intelectuales, la taxonomía, etc. sean fácilmente accesibles para la cultura de llegada, adaptando para ello el léxico conceptual y las estructuras? ¿Hasta qué punto el traductor debería conservar el léxico* conceptual y las estructuras de la cultura de partida, sacrificando la fluidez a fin de indicar a los lectores que, en realidad, están leyendo una traducción procedente de otra cultura en vez de un documento original?

Otra manera de plantear la cuestión: ¿en qué medida la traducción de un texto de ciencias sociales debería esforzarse en reproducir la retórica y el estilo distintivos del original? Si bien no puede haber respuestas absolutas a esta pregunta, se trata de una cuestión fundamental que plantea, a su vez, otro interrogante: ¿en qué medida el significado de un texto de ciencias sociales se transmite a través de la forma? Si se pierde la forma, ¿no se pierde también con ella algo del contenido? En buena medida, eso depende del género y el autor. El impacto que tienen los artículos periodísticos y las obras de divulgación se basa, en gran parte, en los recursos expresivos que utilizan. Ahora bien, ése es el caso también de autores como Heidegger o Lévi-Strauss, aunque ellos los empleen de un modo distinto. No obstante, hablando en términos generales, el traductor debería buscar un punto intermedio entre la claridad y el respeto a los rasgos distintivos de la forma.

La manera en que las ideas toman forma y encuentran una expresión verbal varía de una cultura a otra. Derrida ha llegado al extremo de postular que sólo los números pueden traducirse sin que tenga que tomarse en consideración el bagaje cultural e histórico que los rodea. Los traductores tienen que crear los mecanismos necesarios para transmitir las peculiaridades de la lengua y la cultura de partida sin alejarse de los lectores de la lengua y la cultura de llegada. Entre Escila y Caribdis, el traductor debe evitar, por un lado, limitarse a reproducir servilmente un proceso de argumentación que puede resultar incomprensible para el lector a quien va dirigido, y, por otro, tiene que evitar rehacer una argumentación para convertirla en un razonamiento que le resulte familiar al lector y con el que se encuentre cómodo. No hay una única respuesta a la pregunta de qué posición se debe adoptar entre ambos extremos: cada texto es *sui generis*. Se trata de una cuestión que deben discutir el traductor y el editor. Ahora bien, como regla general, podríamos decir que el traductor debería forzar al máximo los límites estilísticos de la lengua de llegada para reflejar las peculiaridades de la lengua de partida, y detenerse justo antes de que el resultado suene extravagante en la lengua de llegada. En otras palabras, la traducción tiene que ser comprensible, pero no tiene que leerse como si hubiera sido escrita por un especialista de la cultura de llegada. El objetivo que se persigue es conseguir que el texto resulte tan convincente como sea posible en sus propios términos.

Cuando la cocina de un país hace su entrada en una nueva cultura, debe preservar su sabor original y, al mismo tiempo, también tiene que resultar agradable al paladar de los nuevos consumidores. Esta metáfora sugiere que, cuanto más sofisticada sea la cultura de recepción, más abierta estará a aceptar los nuevos platos en la variedad más auténtica y picante posible.

Riesgos que presenta la traducción de las ciencias sociales

Corregir el texto. Aunque los traductores funcionan hasta cierto punto como editores –clarifican el texto y lo convierten en inteligible para los nuevos lectores– no deben pretender corregir lo que ellos perciben como errores. Cuando estén tentados de actuar así, hay que aconsejarles que introduzcan las discrepancias que puedan tener con el original en una nota a pie de página o en una introducción del traductor, que deberían ser lo más objetivas posibles y consistir en explicaciones más que en comentarios de carácter crítico.

Los traductores pueden corregir libre y tácitamente errores de poca importancia, por ejemplo, los que afectan a la ortografía de los topónimos.

“Planchar” las peculiaridades estilísticas. El “espíritu” o “genio” de una lengua influye en la manera en que escriben quienes la usan. Por ejemplo, se está de acuerdo en que la sintaxis* del inglés tiende a preferir las frases más cortas, a diferencia de lo que sucede con la sintaxis de otras lenguas. Por tanto, un traductor que traduzca al inglés puede sentir la tentación de transformar un texto escrito en un francés complejo y polivalente en un texto de frases cortas y diáfanas. Ahora bien, la concisión no es un valor en sí mismo, ni siquiera en inglés. Aunque los manuales de estilo de la lengua inglesa suelen prescribir como óptimas las frases de diez palabras y desaconsejar las de más de veinte por “enrevesadas,” de hecho el inglés puede incorporar frases mucho más largas. Una cuidadosa atención a la sintaxis (y, paralelamente, a un uso cuidadoso de la puntuación) permite reproducir en inglés frases más largas sin violar el espíritu de la lengua inglesa. Y lo mismo sucede, a la inversa, en el caso del español, menos conciso que el inglés y con mayor abundancia de frases subordinadas. Los traductores deben recordar que la sintaxis es el armazón que sustenta el mensaje. Puede que el mensaje no sea tan directo como sucede con la terminología, pero influye en el modo en que percibimos y desplegamos un argumento. Por tanto, tal vez sería aconsejable ir incluso más lejos y dar

cabida a una nota de “extranjerización” en la traducción, sin por ello dejar de respetar la estructura de la lengua de llegada. (Véase también “Domesticación vs. “Extranjerización.”)

Alterar el método de argumentación. Así como el espíritu de una lengua influye en la manera en que escriben sus usuarios, también la tradición intelectual de una cultura influye en el modo en que los hablantes piensan y formulan los argumentos. Si bien los traductores deben intentar preservar la naturaleza de los conceptos y de la argumentación de la lengua de partida cuando ésta difiera considerablemente de los conceptos y argumentos de la cultura de llegada, también deben evitar llegar al extremo de hacer que el autor parezca un necio. Algunos ejemplos de esta diferencia en el plano ideológico (análogos a la cuestión de las frases complejas en el plano estilístico) son: 1) los argumentos que van de lo particular a lo general (el método inductivo) vs. los argumentos que van de lo general a lo particular (el método deductivo); y 2) el enfoque empírico (que fundamentalmente hace derivar el conocimiento de la experiencia o de los datos que proporcionan los sentidos) vs. el enfoque especulativo (que fundamentalmente hace derivar el conocimiento de la reflexión y el razonamiento más que de la observación). (Véase de nuevo “Domesticación vs. Extranjerización.”)

Falsos amigos (también llamados “parónimos lingüísticos” o simplemente “parónimos”). Los traductores deben estar alerta ante aquellas palabras que, teniendo la misma forma o casi en las dos lenguas, tienen significados distintos. Por ejemplo, esp. *simpático* vs. ingl. *sympathetic* (que significa “receptivo,” “comprensivo”); esp. *actual* vs. ingl. *actual* (que significa “real,” “verdadero”), esp. *desgracia* vs. ingl. *disgrace* (que significa “vergüenza”).

A menudo nos encontramos también con xenismos* y préstamos* (los xenismos se diferencian de los préstamos en que mantienen, sin modificarla, la grafía de la lengua de partida), como es el caso de *shock* (que en español significa “conmoción”) o *pick-up* (que en francés significa “tocabiscos”).

Falsos amigos (o parónimos) conceptuales. Un riesgo relacionado con el anterior, aunque mucho más difícil de detectar, lo constituye la traducción tendenciosa, ya sea de manera consciente o inconsciente, de los términos técnicos*, sobre todo cuando se trata de falsos amigos (o parónimos) conceptuales*. Puede que la globalización tienda a establecer un consenso cada vez más amplio en lo tocante al significado de los términos técnicos, pero todavía hoy nos encontramos con conceptos falsamente afines. Por ejemplo, una traducción literal de “el Estado” puede dar lugar a confusiones debido a las discrepancias que existen entre los conceptos de Estado que encontramos en Occidente –y que, implícita o explícitamente, hacen referencia a la definición de Weber– y las conceptualizaciones del Estado utilizadas por algunos autores comprometidos con una lectura crítica de las ciencias sociales occidentales cuando éstas se aplican a instituciones sociales de países no occidentales. De este modo, lo que en principio parecería terminología “internacional” puede resultar engañosa y, en casos extremos, un intento de imponer significados desde una cultura a otra. Una palabra como “democracia,” que supuestamente ofrecería equivalentes automáticos, puede requerir una nota explicativa a pie de página. Cuando un término afecte al modo en que el lector entenderá un concepto a lo largo de un libro o un artículo, será preciso incluir una introducción del traductor.

Los falsos amigos de carácter conceptual también pueden desarrollarse con el paso del tiempo, dado que el contenido semántico del término puede cambiar mientras que la forma –la propia palabra– puede permanecer invariable. Es lo que sucede, en la actualidad, en los antiguos –y no tan antiguos– países comunistas. Así, la palabra china *nongmin*, que normalmente se traduce por “campesino(s)” en los textos comunistas, puede traducirse ahora como “granjero(s)” para reflejar la nueva situación económica. A veces, el problema es más complicado. ¿Qué significa en los textos que se escriben actualmente el concepto chino *fengjian*, que en los escritos comunistas solía traducirse por “feudalismo”? ¿Conserva la connotación marxista?

¿Cuándo un especialista ruso en ciencias sociales está utilizando la palabra *ob”ektivno*, “objetivamente” en el sentido marxista y cuándo en el sentido del lenguaje común? En este caso, el peligro radica en que el traductor pueda tener una visión sesgada y redacte un comentario en vez de una definición.

Los cambios en el contenido semántico de las palabras también se producen sin necesidad de que haya cambios drásticos en la situación mundial. Los filósofos y los intelectuales influyentes pueden provocar dichos cambios. Hegel, por ejemplo, impuso un significado filosófico específico a la palabra *Aufhebung*, que procede del verbo *aufheben* y significa, literalmente “levantar,” “sacar,” y, en modo figurado, “cancelar.” Para expresar el significado que Hegel da a esta palabra, algunos traductores han utilizado el término “subsunción,” otros se han decantado por “sublimación” o “subordinación” y otros incluso han optado por conservar el término alemán. En todos los casos, este tipo de palabras requiere una nota a pie de página del traductor o –cuando hay muchas– una introducción general. Los traductores deben prestar atención a los términos técnicos –como *Aufhebung*–, ya que pueden convertirse en palabras clave de la disciplina.

El estilo farragoso. En muchas lenguas, los textos de ciencias sociales tienden a ser farragosos. Una manera de abordar este problema cuando se traduce es simplificar las expresiones:

- con la finalidad de lograr facilitar la implementación > para facilitar la implementación
- las reformas que se han introducido recientemente al respecto > las reformas recientemente introducidas

Es decir, si un texto es particularmente repetitivo o confuso, el traductor puede señalar el problema al editor antes de empezar a escribir y preguntarle si quiere que la traducción refleje fielmente los defectos o si prefiere minimizarlos. (Véase también “La comunicación entre el traductor y el editor.”)

La terminología inconsistente. En general, cuando un término clave aparezca en más de una ocasión deberá traducirse siempre por la misma palabra, si bien el traductor tendrá que determinar primero si, a lo largo del texto, el término se emplea siempre con el mismo significado. De no ser así, el traductor puede elegir otra palabra, pero debe tratarse de una decisión consciente. Para fomentar la consistencia, el editor puede sugerir que el traductor vaya creando un glosario personal de términos clave a medida que trabaja en el texto.

El lenguaje propio de una época. Para evitar los anacronismos lingüísticos y culturales, los traductores deben tener en cuenta las diferencias que existen entre la época en que se escribió el original y el tiempo en el que la traducción tiene lugar en lo que respecta a las convenciones y las mentalidades. Por ejemplo, deberían abstenerse de aplicar retrospectivamente un lenguaje políticamente correcto.

Cómo abordar los términos técnicos*

Los especialistas en ciencias sociales que introducen nuevos conceptos suelen expresarlos mediante palabras o frases ideadas de forma expresa con esa finalidad (expresiones como *capital culturel* de Bourdieu o *protestantische Ethik* de Weber serían ejemplos típicos). Cuando gozan de una aceptación general, este tipo de expresiones se convierten en términos técnicos. Los conceptos y términos que expresan suelen ser, en buena medida, específicos de una determinada cultura, y dicha especificidad puede depender tanto del período en el que hacen su aparición como de factores étnicos o nacionales. Además, los términos técnicos son propensos a convertirse en falsos amigos conceptuales*, y eso aun cuando dentro de una misma tradición puedan significar cosas distintas para distintos autores. Su cualidad lável plantea al traductor un desafío de primer orden.

Puesto que la profusión de términos técnicos es uno de los rasgos principales que caracteriza el discurso de las ciencias sociales, los traductores deberán tener especial cuidado cuando los tra-

duzcan y procurar que los nuevos lectores sean capaces de identificarlos. Aunque no hay una única solución global que abarque todos los casos que pueden darse, hay dos enfoques que gozan de una larga tradición a la hora de crear equivalentes para los términos técnicos, a saber: 1) aceptar el término como un xenismo* o un préstamo*, es decir, tomarlo prestado abiertamente (por ejemplo, utilizar palabras rusas para referirse a la terminología soviética, como el español *politburó* [para el ruso *politbiuro* < *politicheskoe biuro*], o *gulag* [para el ruso *gulag* “administración superior de los campamentos”]); 2) mediante el calco*, es decir, traduciendo la estructura semántica o léxica del término en cuestión, como en el caso de la expresión *instructor político* para traducir el término ruso *politruk*. Ambos enfoques producen palabras o expresiones que al principio suenan extrañas: en el primer caso, porque los términos se mantienen en una lengua extranjera; en el segundo, porque la lengua de llegada se fuerza para que se amolde a la lengua de partida. A pesar de esto, las lenguas han aceptado y naturalizado palabras y calcos desde tiempos inmemoriales. Con la conquista de América, la lengua española se enriqueció con numerosísimos xenismos y préstamos de palabras indias, y todavía hoy sigue enriqueciéndose con palabras de otras lenguas pese al escándalo de algunos. Y en lo referente a los calcos, ¿cuántos hispanohablantes caen en la cuenta de que la expresión *matar el tiempo* es un calco del francés *tuer le temps*?

En cualquier caso, los traductores deberían poner una nota a pie de página cuando introduzcan un término inventado por ellos o cuando quieran reemplazar uno ya aceptado por otro de su propia cosecha. No es necesario poner notas a pie de página en el caso de aquellos términos que aparecen en los diccionarios monolingües de uso corriente en la lengua de llegada (el DRAE o el María Moliner, por ejemplo). Así, ni *politburó* ni *glasnost* requerirían una nota a pie de página, pero sí la expresión *instructor político*. Dicha nota podría decir: “Empleamos la expresión *instructor político* para traducir *politruk*, una palabra rusa compuesta

que deriva de *politicheskii rukovoditel'*, “instructor político.” Se refiere específicamente a los oficiales del Partido encargados de proporcionar al ejército soviético soldados debidamente adoctrinados desde el punto de vista ideológico.” Una nota a pie de página para la expresión *grandes écoles* (que preferentemente los traductores dejarán en francés en el texto, es decir, lo “traducirán” por un galicismo en vez de traducirlo por “las grandes escuelas” dado que la palabra *école* aparece en los nombres de todas las escuelas en cuestión), podría ser: “Las *grandes écoles* son las principales instituciones de enseñanza superior en Francia, e incluyen la *École Normale Supérieure*, la *École Polytechnique*, la *École Naval*, etc.” Las notas deben ser concisas y pertinentes. Los comentarios de carácter discursivo o interpretativo corresponde hacerlos en el prefacio del traductor.

Las notas a pie de página también pueden ser útiles para identificar y elucidar juegos de palabras, proverbios, referencias culturales o literarias, etc. Sin embargo, sólo deben explicar aquello que resulta perfectamente comprensible para los lectores de la lengua de partida pero no para los de la lengua de llegada. Por otro lado, las notas no son el único recurso para clarificar un término. Por ejemplo, el traductor puede insertar discretamente una o dos palabras a modo de explicación. Si se considera que los lectores de un texto traducido del francés deducirán por el contexto que las *grandes écoles* son instituciones francesas de enseñanza superior pero que no necesariamente captarán el prestigio que rodea a dichas instituciones, el traductor puede insertar discretamente una palabra a modo de explicación: las prestigiosas *grandes écoles*.

En ocasiones, es posible economizar el número de notas a pie de página, e incluso se puede prescindir del todo de ellas, poniendo a continuación del término traducido, entre paréntesis, la palabra en la lengua original. Volvamos al ejemplo de *instructor político* como equivalente español del ruso *politruk*. Si el contexto en el que aparece la expresión hace que se establezca una conexión lo suficientemente clara con el ejército, el traductor

puede poner a continuación, entre paréntesis, la palabra rusa original –instructor político (*politruk*)–, marcando de este modo su condición de término técnico e indicando su procedencia a los lectores que pueden estar familiarizados con la palabra en su forma original. Sin embargo, no es aconsejable abusar de este recurso ya que podría convertirse en una muleta. Asimismo, podría hacer que el lector perdiera la confianza en la habilidad del traductor.

Algunas cuestiones técnicas de interés para traductores y editores

- La puntuación debe ajustarse a las convenciones de la lengua de llegada.
- La reproducción de topónimos debe ajustarse a las convenciones de la lengua de llegada: ruso *Moskva* > esp. *Moscú*. Los nombres de las calles deben aparecer en la lengua original, aunque las palabras para calle, avenida, etc. en general se traducen: ruso *ulitsa Gor'kogo* > esp. calle Gorky; fr. *Rue de Rivoli* > esp. calle Rivoli; ingl. *Cyprus Steet* > esp. calle Cyprus. Sin embargo, en ocasiones existe una tradición que hay que conocer y respetar: ingl. *Trafalgar Square* > esp. *Trafalgar Square* (no plaza de Trafalgar).
- Los nombres de periódicos y los títulos de las revistas deben aparecer en la lengua original: *Le Monde*, *The New York Times*, *Renmin ribao*, *Pravda*. Los títulos de libros y artículos también deben aparecer en la lengua original, pero deben ir seguidos de la traducción entre paréntesis. Esto es válido también para los títulos que aparecen en el propio texto y para las notas a pie de página. Las letras mayúsculas de los títulos deben ajustarse a las convenciones que existan al respecto en las respectivas lenguas de partida y de llegada. Así, *Le Contrat social* (El contrato social), *Literatura i revoliutsiia* (Literatura y revolución), *Roman Art and Architecture* (El arte y la arquitectura de Roma).

- Las unidades locales de medida deben ir seguidas de una conversión al sistema métrico decimal entre paréntesis: cincuenta millas (ochenta kilómetros), cien mu (sesenta y siete hectáreas). Las unidades monetarias locales deben respetarse; no es preciso ofrecer la conversión.
- Los nombres de las instituciones deben aparecer, por norma general, en la lengua original –École Normale Supérieure, British Council, la Duma–, salvo cuando existan traducciones convencionales (White House > esp. Casa Blanca) o cuando la tradición traductora en la lengua de llegada dictamine otra cosa. Los nombres de las instituciones pueden traducirse cuando sea necesario que el lector conozca el significado literal para comprender alguna puntualización, pero preferentemente sólo se traducirán la primera vez que aparezcan en el texto.
- Las palabras extranjeras utilizadas por el autor deben, en principio, mantenerse (y deben ir seguidas de una traducción si el traductor lo considera pertinente). Si la palabra extranjera pertenece a la lengua de llegada (por ejemplo, si el autor utiliza una palabra española y la traducción es al español), el traductor puede indicarlo poniendo la palabra en cursiva o bien mediante una nota a pie de página. N.B. Esta regla no se aplica a los xenismos ya consolidados en la lengua de llegada (como en el caso de la palabra *marketing* en español, francés, ruso y en muchas otras lenguas).
- Las referencias a palabras y títulos que pertenezcan a sistemas de escritura distintos del que tiene la lengua de llegada deben transliterarse. Cuando existan sistemas de transliteración estándar, los traductores deberán utilizarlos. Algunos sistemas, como el de transcripción chino pinyin, han sido adoptados por casi todas las lenguas, aunque, en español,

algunas de las formas establecidas por este sistema de transcripción no han tenido éxito y han dejado de utilizarse (por ejemplo, la forma Beijing ha terminado siendo sustituida por la vieja forma Pekín); otros sistemas son, en cambio, específicos de cada lengua. Cuando una lengua posea un sistema de transliteración propio, el traductor deberá buscar el término original y transliterarlo mediante el sistema utilizado en la lengua de llegada. (Así, cuando aparezca Tchernobyl en un texto en francés, deberá aparecer como Chernóbil en la traducción española). En español, a veces la situación se complica, ya que tradicionalmente muchas palabras se han transliterado erróneamente a través de lenguas interpuestas (en especial del francés), y en ocasiones coexisten la transliteración “tradicional” y la “oficial” de la Real Academia o la que aconsejan determinados Libros de Estilo (como es el caso de Birmania-Mianmar, Efeso-Éfeso, Pekín-Pequín-Beijing, Pella-Pela, etc.). En caso de duda, pueden consultarse los diccionarios de usos y dudas del español actual y los libros de estilo. En el caso de los nombres y topónimos griegos y latinos, donde todavía hay gran confusión, puede consultarse Fernández Galiano, M., *La transcripción castellana de los nombres propios griegos*. Madrid: Sociedad Española de Estudios Clásicos, 1969, y Pociña, A., *Sobre la transcripción de los nombres propios latinos*. Madrid: Revista de Estudios Clásicos, XXI, núm. 80, 307-329.

- Cuando el autor cite un pasaje escrito originalmente en la lengua de llegada, el traductor deberá reproducir el pasaje original y en ningún caso volver a traducirlo desde la traducción hecha o citada por el autor. Si el autor no proporciona la referencia, el traductor deberá buscarla utilizando las correspondientes bases de datos o preguntando al autor. Además, el autor deberá proporcionar todas

las referencias bibliográficas en notas a pie de página, de acuerdo con las convenciones académicas del texto en la lengua de llegada.

- Para el traductor, las principales obras de referencia son los diccionarios monolingües de las lenguas de partida y de llegada. Los diccionarios bilingües son útiles en dos casos: 1) cuando el traductor sabe lo que la palabra significa en la lengua de partida pero momentáneamente no puede dar con el equivalente en la lengua de llegada, y 2) cuando, gracias al diccionario monolingüe, el traductor sabe que se encuentra ante el nombre de una planta, un animal, etc., es decir, cuando probablemente habrá una sola equivalencia. Los diccionarios ideológicos o de ideas afines proporcionan más sinónimos que cualquiera de los diccionarios bilingües más completos.

Cuando el traductor no encuentre una respuesta en las obras de referencia, deberá recurrir a un hablante nativo culto de la lengua de partida, preferentemente alguien que sea profesionalmente competente en el tema del que trata el texto. También puede recurrirse a los hablantes nativos de la lengua de llegada que tengan competencia profesional en el tema para que lean la traducción y hagan llegar sus comentarios al traductor y al editor. (Véase también “La comunicación entre el traductor y el editor” y “Evaluar una traducción.”)

Evaluar una traducción

El proceso de evaluación variará en función del conocimiento que el editor tenga de la lengua de partida. Para quienes conozcan la lengua, resultará más provechoso que, en vez de ir y venir del original a la traducción, lean la traducción como si se tratara de un texto independiente y cotejen el original sólo cuando se tropiecen con algún pasaje de la traducción que por alguna razón los desconcierte. En el caso de los editores que no conozcan

la lengua de partida, la situación se complica: ¿cómo pueden juzgar la calidad del producto final? Lo que sí pueden hacer es prepararse leyendo otros textos traducidos del mismo autor, sobre todo si las traducciones tuvieron una buena acogida. En cuanto a la nueva traducción, también ellos deberían leerla como un texto independiente y valorar si resulta convincente. Es probable que una lectura cuidadosa ponga de manifiesto lo que pueden ser posibles problemas, pero los evaluadores que no puedan acceder al original deberán consultar con el traductor cuando un pasaje no suene bien. Alternativamente, pueden recurrir a un lector externo con competencia en las dos lenguas y en la temática tratada.

Recomendaciones finales

Los traductores no nacen, se hacen. Por descontado, deben poseer sólidos conocimientos de las dos lenguas con las que trabajan, pero el papel que desempeña la formación profesional es importantísimo. La clase de formación que se requerirá en cada caso variará en función de la naturaleza del texto.

Cada tipo de texto requiere un tipo distinto de traductor: en el caso de las ciencias sociales, quienes mejor traducen los textos académicos o especializados son los especialistas en ciencias sociales, ya que conocer la materia que se tiene entre manos es un factor esencial para lograr una buena traducción; en el caso de los escritos destinados a un público de carácter más general y los producidos por las agencias gubernamentales y las ONGs, son los traductores profesionales —preferentemente con formación y/o experiencia en el área en cuestión— quienes mejor los traducen. En este sentido, instamos a que los editores busquen al traductor más adecuado para cada tipo de texto.

Resulta relativamente fácil encontrar traductores cualificados para los textos destinados al gran público. Hay traductores profesionales que poseen

la necesaria formación especializada y/o experiencia en el terreno de las ciencias sociales y con los que se puede contactar a través de las asociaciones de traductores. (Para una lista de asociaciones reconocidas, ir a www.fit-ift.org/en/news-en.php, la página web de la Federación Internacional de Traductores (FIT), y pulsar en “Members”). La mayoría de los miembros de las asociaciones nacionales son hablantes nativos de la lengua del país en cuestión y, por tanto, traducen a esa lengua, pero también podemos encontrar hablantes nativos de otras lenguas. Por tanto, quienes tengan que encargar traducciones a su lengua o de su lengua pueden recurrir, en primera instancia, a las mencionadas listas.

En el caso de los textos académicos, es difícil encontrar traductores adecuados. Hay pocos especialistas en ciencias sociales cuyo dominio de una lengua extranjera sea tan sólido como para permitirles traducir un texto de esa lengua. Todavía son menos los que tienen una formación en técnicas de traducción. Es preciso que las disciplinas que integran las ciencias sociales valoren la enorme importancia que tiene el proceso de traducción y los efectos que de él se derivan. Si los especialistas van a convertirse en los traductores de sus colegas –como deberían hacer si las traducciones van a cumplir con los rigurosos criterios académicos–, entonces las respectivas disciplinas deberían asumir la responsabilidad de garantizar que los académicos puedan acceder fácilmente a una adecuada formación en traducción y velar para que la traducción, en cuanto actividad, esté mucho más valorada.

Hay una recomendación que puede ponerse en práctica de inmediato: en los departamentos de ciencias sociales, los tutores deberían animar a sus estudiantes graduados para que siguieran cursos avanzados de lengua y participasen en talleres de traducción. Para ello, pueden destinar recursos económicos a la contratación de estudiantes cualificados para que éstos, en calidad de becarios, traduzcan obras especializadas relacionadas con las áreas afines a su investigación. Hay otra recomendación que llevará más tiempo: es preciso que la disciplina en su conjunto reconozca que las traducciones son una contribución de primer orden para las disciplinas respectivas y que las asuma, por tanto, como parte integral de los programas presentados por los investigadores y docentes en las distintas facultades. El prestigio y el valor que tiene traducir un estudio fundamental, es decir, una obra que será leída por todos los estudiosos de la materia (como podría ser el caso de las obras de Foucault o Habermas, por ejemplo), merece ser objeto de un reconocimiento profesional.

Si estas recomendaciones contribuyen a que se lleven a la práctica los objetivos planteados en las Pautas, aumentará el número y la calidad de las traducciones de esta disciplina y, de este modo, el alcance y la profundidad de la disciplina en sí. A su vez, animará a los especialistas a escribir en su propia lengua (Véase Apéndice I), y, por tanto, fomentará que comunidades lingüísticas y culturales diversas aporten su contribución a la comunicación internacional en el ámbito de las ciencias sociales.

APÉNDICE A
PARTICIPANTES EN EL PROYECTO
PARA LA TRADUCCIÓN DE LAS CIENCIAS SOCIALES

Investigadores responsables del Proyecto

Michael Henry Heim

Catedrático, Departamentos de Lengua y Literatura Eslavas y de Literatura Comparada, Universidad de California, Los Angeles.

Andrzej W. Tymowski

Director de Programas Internacionales, American Council of Learned Societies.

Natalia Avtonomova

Investigadora adjunta, Instituto de Filosofía, Academia Rusa de Ciencias.

Chuanyun Bao

Decano, Escuela Superior de Traducción e Interpretación, Instituto de Estudios Internacionales de Monterey.

Richard Brecht

Director, Centro de Estudio Avanzado del Lenguaje, Universidad de Maryland.

Olga Bukhina

Coordinadora de Programas Internacionales, American Council of Learned Societies.

Leonora Chernyakhovskaya

Directora, Escuela Internacional de Traducción e Interpretación de Moscú.

E. Perry Link

Catedrático, Departamento de Estudios del Oriente Asiático, Universidad de Princeton.

Luo Xuanmin

Director, Centro para la Traducción y los Estudios Interdisciplinarios; Catedrático, Departamento de Lenguas Extranjeras, Universidad de Tsinghua.

Ramona Naddaff

Co-directora, Zone Books; Profesora adjunta de Retórica, Universidad de California, Berkeley.

Bruno Poncharal

Profesor de conferencias, Instituto de Estudios Anglófonos, Universidad de París VII.

Janet Roitman

Responsable de Investigación, Centre National de la Recherche Scientifique.

Irina Savelieva

Catedrática, Escuela Superior de Economía, Universidad Estatal de Moscú.

Lynn Visson

Miembro del cuerpo de Intérpretes de las Naciones Unidas, jubilada; Editora, Hippocrene Books.

Wang Feng

Catedrático, Departamento de Sociología, Universidad de California, Irvine.

R. Bin Wong

Director, Instituto Asia; Catedrático del Departamento de Historia, Universidad de California, Los Angeles.

APÉNDICE B

GLOSARIO

Bilingüe. Persona que tiene dos lenguas nativas. (Véase también *Lengua nativa*.)

Calco. Traducción literal de una palabra o expresión que se utiliza para expresar el mismo significado. Este tipo de traducciones, basadas en los préstamos, suelen sonar poco elegantes al principio pero llegan a aceptarse con el uso. La expresión española *falso amigo* es un calco del francés *faux ami*, del mismo modo que *matar el tiempo* es una expresión calcada del francés *tuer le temps*; en francés, *gratte-ciel* es un calco de la palabra inglesa *skyscraper*, como también lo es la española *rascacielos*. (Véase también *Xenismo* y *Préstamo*.)

Domesticar. Hacer que una traducción se lea con mucha soltura en la lengua de llegada, hasta el punto de borrar sus orígenes en la cultura de partida. (Véase también *Extranjerizar*.)

Extranjerizar. Hacer que una traducción se lea de modo que se indique, o incluso que se enfaticé, su origen en la cultura de partida. (Véase también *Domesticar*.)

Falso amigo (o parónimo lingüístico). Es una palabra que tiene la misma forma o casi en dos lenguas pero diferentes significados. Por ejemplo, esp. *simpático* vs. ingl. *sympathetic* (que significa “receptivo,” “comprensivo”); esp. *actual* vs. ingl. *actual* (que significa “real,” “verdadero”). A menudo nos encontramos también con xenismos, como es el caso de *shock* en español (que significa “conmoción”) o de *pick-up* en francés (que significa “tocabiscos”). Existen también los falsos amigos

“conceptuales” (o “parónimos conceptuales”). En español, inglés, francés y ruso, la traducción estándar de la palabra china *xuanchuan* es, respectivamente, *propaganda/propagande*, pero en chino no tiene una connotación negativa tan uniforme como la que presenta en otras lenguas. Y si bien la palabra *democracia*, de origen griego, tiene una forma similar en todas las lenguas europeas, su significado varía no sólo de una cultura a otra sino incluso de un hablante a otro. (Véase también *Calco*, *Prestamo*.)

Hablante de una lengua patrimonial. Es una persona que, en el entorno familiar, habla una lengua distinta de la que se habla mayoritariamente en la sociedad en la que vive y que no posee una educación formal en dicha lengua (o solamente la que le proporcionaron en la escuela primaria). El nivel de competencia lingüística de los hablantes de una lengua patrimonial varía considerablemente según los casos.

Hablante nativo. Es la persona que habla una lengua como una lengua nativa o que ha sido aculturado en ella, es decir, educado y socializado en dicha lengua. Por lo general, una persona es hablante nativo de una lengua no sólo cuando ha nacido en un determinado país y dicha lengua constituye el principal medio de comunicación de sus habitantes, sino también si llega al país de adopción antes de la pubertad. (Véase también *Lengua nativa*, *Lengua dominante*, *Hablante de una lengua patrimonial*.)

Interpretar, interpretación. Es la expresión oral de un texto o discurso originalmente proferido en otra lengua. Se distingue de la traducción en cuanto ésta última consiste en la expresión escrita de un texto originalmente redactado en otra lengua. La interpretación oral puede ser consecutiva (el intérprete va proporcionando la traducción en segmentos después del orador) o simultánea (la traducción se proporciona al mismo tiempo que el orador). Aunque muchas de las habilidades que los traductores y los intérpretes deben dominar se solapan, otras son específicas de uno u otro grupo.

Lengua de llegada. Es la lengua a la que se traduce, en oposición a la lengua de partida, la lengua de la que se traduce.

Lengua de partida. Es la lengua de la que se traduce, en oposición a la lengua de llegada, la lengua a la que se traduce.

Lengua dominante. Es la lengua que mejor conocen quienes hablan más de una lengua y, por tanto, la lengua a la que normalmente traducirán. Por lo general, se trata de la lengua nativa, aunque en el caso de aquellos hablantes que crecen y se educan en un país en el que la lengua que se habla es distinta de su lengua nativa, es la lengua de su país de adopción (Véase también *Lengua nativa, hablante nativo.*)

Lengua nativa. Es la primera lengua que uno aprende, generalmente a través de los padres. Para la mayoría de las personas es también la lengua dominante. (Véase también *Lengua dominante, Bilingüe.*)

Léxico. Vocabulario o conjunto de palabras de una lengua.

Préstamo. Extranjerismo que se ha integrado en el sistema de la lengua que lo recibe mediante adaptación de la estructura fónica y morfológica. Por ejemplo, las palabras *fútbol* y *gángster* son préstamos de las palabras inglesas *football* y *gangster*, mientras que *cruasán* y *cabaré* son préstamos de las palabras francesas *croissant* y *cabaret*.

Sintaxis. Es la manera en que se enlazan y ordenan las palabras en la oración.

Término técnico. Es una palabra o una expresión que comunica un concepto especializado y requiere un equivalente estándar en la lengua de llegada. Cuando en la lengua de llegada no exista un término que resulte apropiado, el traductor deberá crearlo. La jerga o argot es el resultado de utilizar un exceso de términos técnicos; impide la comunicación porque excluye a los no iniciados.

Xenismo. Palabra que mantiene la grafía de la lengua de partida. Así, en español, *sputnik*, *glasnost* y *perestroika* son rusismos; *boutique*, *maillot*, *dossier* y *piolet* son galicismos; y *marine*, *marketing* y *whisky* son anglicismos. En español hay algunas palabras –procedentes sobre todo del francés– cuya grafía oscila entre el xenismo y el préstamo. Es el caso, por ejemplo, de *cabaré*, que tradicionalmente encontramos escrito como *cabaret* (si bien *cabaré* es la forma aceptada por la Real Academia), o de la palabra *élite*, que la Real Academia admite como *elite*, sin acento, grafía ésta última con la que muchos autores están en desacuerdo. (Véase también *Calco, Préstamo.*)

APÉNDICE C

LA PUBLICACIÓN DE UNA COLECCIÓN DEDICADA A LA TRADUCCIÓN DE OBRAS RELACIONADAS CON LAS CIENCIAS SOCIALES

Rusia posee una larga y antigua tradición en lo que respecta a la publicación de monografías académicas en colecciones que se organizan en función de la disciplina, el tema, la época, la región, etc., así como del perfil de la editorial y la experiencia del equipo que la integra. Recientemente, un grupo de académicos dirigidos por Irina Savelieva, catedrática de la Escuela Superior de Economía de la Universidad Estatal de Moscú, ha publicado una colección dedicada exclusivamente a la traducción de obras especializadas en el ámbito de las humanidades y las ciencias sociales. La colección, que se denomina *Universitetskaia biblioteka* (Biblioteca universitaria), tenía como objetivo que la comunidad académica rusa se familiarizase con un conjunto de monografías clásicas y contemporáneas procedentes de los países occidentales que nunca se habían traducido durante el período soviético. Es decir, se trataba de llenar una laguna y ofrecer a los lectores rusos aquellos textos seminales sin los cuales es impensable llegar a dominar una determinada disciplina. Gracias a la ayuda del Open Society Institute de la Fundación Soros, *Universitetskaia biblioteka* ha sacado a la luz la impresionante cifra de 120 volúmenes en un período de dos años (1998–2000), recibiendo el aplauso general de la crítica.

Lo primero que hicieron Irina Savelieva y los siete miembros del comité encargado de gestionar el proyecto fue confeccionar unas listas con las posibles obras a traducir en relación con seis disciplinas: filosofía, sociología, teoría e historia de la cultura, teoría económica, historia y ciencias políticas. Los pensadores publicados bajo la rúbrica

“sociología,” por ejemplo, incluyen a Adorno, Baudrillard, Bourdieu, Castells, Dahrendorf, Elias, Giddens, Goffman, Mannheim, Parsons, Sennett, y Tönnies. Tanto los miembros del comité como los traductores pertenecían al cuerpo docente de prestigiosas universidades. Los traductores se eligieron a partir de las muestras de traducción que realizaron, y todas las traducciones fueron revisadas por especialistas con sólidos conocimientos de la lengua de partida y de la disciplina.

Los libros salieron con diversas editoriales. Un servicio de distribución creado por el Megaproyecto del Open Society Institute ayudó a analizar la demanda, centralizar los encargos y garantizar que los volúmenes llegaran a las bibliotecas universitarias. No obstante, la inmensa mayoría de los libros se sacaron al mercado y se vendieron. El público al que se dirigían los organizadores del proyecto estaba formado básicamente por docentes universitarios y estudiantes. En aquellas fechas, las instituciones rusas de enseñanza superior contaban con más de sesenta mil profesores, de los que apenas un diez por ciento conocía lo suficientemente bien una lengua extranjera. Además, pocos rusos podían permitirse el lujo de comprar libros impresos fuera de Rusia. Las elevadas ventas entre los profesores y los estudiantes demostraron que, en realidad, sí había un público para este tipo de obras.

Para más información sobre esta colección, el Proyecto de Traducción a que dio lugar y una relación completa de las obras publicadas, véase: www.hse.ru/science/igiti/article_literature_eng.shtml.

APÉNDICE D

BIBLIOGRAFÍA SELECTA

Manuales

- Baker, Mona. *In Other Words (En otras palabras)*. Londres: Routledge, 1992.
- Gonzalo Gacía, Consuelo, et al. *Manual de documentación para la traducción literaria*. Madrid: Arco Libros, 2005.
- . *Manual de documentación y terminología para la traducción especializada*. Madrid: Arco Libros, 2004.
- Newmark, Peter. *Textbook of Translation*. Nueva York: Prentice-Hall International, 1988. (*Manual de traducción*. Madrid: Ediciones Cátedra, 1992.)

(Aunque estos manuales tratan más bien de la traducción literaria, las técnicas que plantean también son aplicables a la traducción de textos de ciencias sociales.)

La traducción y las ciencias sociales

- Argenton, Elena. *The Translation of Culturebound Terms (La traducción de términos específicos de una cultura)*. Trieste: Università degli Studi di Trieste, 1983.
- Barret-Ducrocq, Françoise. “Les sciences humaines au carrefour des langues.” (Las ciencias humanas en la encrucijada de las lenguas.) *Traduire l'Europe*. París: Payot, 1992.
- Katan, David. *Translating Cultures: An Introduction for Translators, Interpreters and Mediators (Traducir culturas: una introducción para traductores, intérpretes y mediadores)*. Manchester, Reino Unido: St. Jerome Publishing, 1999.

Mossop, Brian. “Translating Institutions and ‘Idiomatic’ Translation.” (“La traducción de las instituciones y la traducción ‘idiomática.’”) *META: Translators Journal*, 35(2), 1990, 342–355. (Versión revisada disponible en: www.geocities.com/brmossop/mypage.html.)

Wallerstein, Immanuel. “Concepts in the Social Sciences: Problems of Translation.” (“Los conceptos en las ciencias sociales: problemas de traducción.”) *Translation Spectrum: Essays in Theory and Practice*. M.G. Rose, ed. Albany: State University of New York Press, 1981, 88–98. (Pueden leerse pasajes de este ensayo en el Apéndice H.)

—. “Scholarly Concepts: Translation or Interpretation?” (“Los conceptos eruditos: ¿traducción o interpretación?”) *Translation Horizons*. M.G. Rose, ed. Binghamton, NY: Center for Research in Translation, 1996, 107–17.

Manuales especializados en lenguas

- López Guix, Juan Gabriel, y Minett Wilkinson, Jacqueline. *Manual de traducción inglés-castellano: teoría y práctica*. Barcelona: Gedisa, 1997.
- Merino, José, y Tayler, Susan. *Manual de traducción inversa español-inglés*. Madrid: Editorial Anglo-didáctica, 2002.
- Ramírez Bellerín, Laureano. *Manual de traducción chino-castellano*. Barcelona: Gedisa, 2004.
- Rossell Ibern, Rosa María. *Manual de traducción alemán-castellano*. Barcelona: Gedisa, 1997.
- Tricas Preckles, Mercedes. *Manual de traducción francés-castellano*. Barcelona: Gedisa, 1995.
- Verba Galina, G. et al. *El ruso a través de la traducción*. Granada: Editorial Universidad de Granada, 2001.

Formación

- Gile, Daniel. *Basic Concepts and Models for Translator and Interpreter Training (Conceptos y modelos básicos para la formación de traductores e intérpretes)*. Amsterdam: John Benjamins, 1995.
- Campbell, Stuart. *Translation Into the Second Language (Traducir a una segunda lengua)*. Londres: Longman, 1998.
- González Davies. *Secuencias: tareas para el aprendizaje interactivo de la traducción especializada*. Barcelona: Ediciones Octaedro, 2003.
- Grosman, Meta, ed. *Translation Into Non-Mother Tongues (La traducción a lenguas no maternas)*. Tubinga: Stauffenberg, 2000.
- Hurtado Albir, Amparo. *Enseñar a traducir*. Madrid: Edelsa Gupo Didascalía, 1999.
- Kussmaul, Paul. *Training the Translator (Formar al traductor)*. Amsterdam: John Benjamins, 1995.
- Navarro Domínguez, Fernando. *Manual de bibliografía española de traducción e interpretación*. Alicante: Universidad de Alicante, Servicio de Publicaciones, 1996.
- Sánchez, Ramos y del Mar, María. *El uso de los diccionarios electrónicos y otros recursos de Internet como herramientas para la formación del traductor (inglés-español)*. Granada: Editorial Universidad de Granada, 2005.
- “European Association for Language Testing and Assessment Report,” www.ealta.eu.org/resources.htm. (Véase también www.ealta.eu.org/links.htm.)
- American Translators Association. atanet.org/certification/eligibility_approved.php.

Guías para la profesión

- European Commission. ec.europa.eu/translation/index_en.htm.
- Vademécum. Guía del principiante: www.euro-parl.eu.int/transl_es/plataforma/pagina/guia/guia.htm.
- También proporcionan mucha información las páginas web de las distintas asociaciones de traductores que hay en España:*
- Asociación colegial de Escritores, Sección Autónoma de Traductores (ACE TT): www.acett.org.
- Associació Col·legial d'Escriptors de Catalunya (ACEC): www.acec-web.org.
- Asociación d'Escriptors en Llengua Catalana (AELC): www.escriptors.com.
- Traductors i Intèrprets Associats pro-col·legi (TRIAC): www.traductors.com.
- Associació de Traductors i d'Intèrprets de Catalunya (ATIC): www.atic.cc.
- Asociación de Traductores Galegos (ATG): <http://webs.uvigo.es/webatg/home.html>.
- Asociación de Traductores, Intérpretes y Correctores de lengua vasca (EIZIE): www.eizie.org.
- Asociación española de traductores, correctores e Intérpretes (ASETRAD): www.asetrad.org
Asociación Galega de Profesionais da Traducción e da Interpretación (AGPTI) <http://www.agpti.org>.

Diccionarios de usos y dudas

Martínez de Sousa, José. *Diccionario de usos y dudas del español actual*. Barcelona: Spes Editorial, 2001. (Este diccionario proporciona al final una bibliografía muy completa.)

Moliner, María. *Diccionario de uso del español*, 2 vols. Madrid: Gredos, 1998. (Disponible también en versión electrónica.)

Seco, Manuel. *Diccionario de dudas y dificultades de la lengua española*. Madrid: Espasa Calpe, 2005.

Libro de Estilo de El País. Madrid: Aguilar, 2002.

Teoría

Bell, Roger. *Translation and Translating: Theory and Practice (La traducción y el ejercicio de la traducción: teoría y práctica)*. Londres: Longman, 1991.

Bush, Peter and Susan Bassnett. *The Translator as Writer (El traductor como escritor)*. Londres-Nueva York: Continuum, 2006.

Chesterman, Andrew y Wagner, Emma. *Can Theory Help Translation? (¿Puede la teoría ayudar a la traducción?)*. Manchester: St. Jerome, 2002.

García Yebra, Valentín, *Teoría y práctica de la traducción*, 2 vol. Madrid: Editorial Gredos, 1997.

—. *En torno a la traducción: teoría, crítica, historia*. Madrid: Gredos, 1988.

Gile, Daniel. *La traduction: la comprendre, l'apprendre (La traducción: comprenderla, aprenderla)*. París: PUF, 2005.

Hacking, Ian. "Was There Ever a Radical Mistranslation?" (¿Ha habido alguna vez una traducción radicalmente errónea?) *Historical Ontology*. Cambridge, MA: Harvard University Press, 2002.

Vega, Miguel Ángel, ed. *Textos clásicos de teoría de la traducción*. Madrid: Ediciones Cátedra, 1994.

Bass, Scott. "Machine vs. Human Translation" ("Traducción automática vs. Traducción humana"). www.advancedlanguagetranslation.com/articles/machine_vs_human_translation.pdf.

Bowker, Lynne. *Computer-Aided Translation Technology: A Practical Introduction (La tecnología de la traducción asistida por ordenador)*. Ottawa: University of Ottawa Press, 2002.

Hutchins, John. "Computer based translation in Europe and North America, and its future prospects." JAPIO 20th anniversary. (Tokyo: Japan Patent Information Organization, 2005), 156–160. <http://ourworld.compuserve.com/homepages/WJHutchins>.

Hutchins, John y Somers, Harold. *Introducción a la traducción automática*. Boadilla del Monte: A. Machado Libros S.S., 1995.

Nirenberg, Sergei et al., eds. *Readings in Machine Translation (Interpretaciones en la traducción automática)*. Cambridge, MA: MIT Press, 2003.

O'Hagan, Minako and David Ashworth. *Translation-Mediated Communication in a Digital World (La traducción como mediadora de la comunicación en un mundo digital)*. Clevedon: Multilingual Matters, 2002.

Somers, Harold, ed. *Computers and Translation: A Translator's Guide (Los ordenadores y la traducción: guía del traductor)*. Amsterdam: John Benjamins, 2003.

Obras de referencia

Calonge Ruiz, Julio. *Transcripción del ruso al español*. Madrid: Gredos, 1970.

Fernández Galiano, M., *La transcripción castellana de los nombres propios griegos*. Madrid: Sociedad Española de Estudios Clásicos, 1969.

Jean Delisle et al. *Terminologie de la traduction/ Translation Terminology/Terminología de la traducción/Terminologie der Übersetzung*. Amsterdam: John Benjamins, 1999. (Los doscientos conceptos que, claramente definidos, aparecen en cuatro lenguas, ayudarán a los editores a comunicarse con los traductores.)

Pociña, A., *Sobre la transcripción de los nombres propios latinos*. Madrid: Revista de Estudios Clásicos, XXI, núm. 80, pp. 307–329.

Randall, Barry. *ALA-LC Romanization Tables (Tablas de transcripción al alfabeto latino ALA-LC)*. Washington: Biblioteca del Congreso, 1997.

Revistas

ATA Chronicle. (American Translators Association. Mensual.)

BABEL. An International Journal on Translation. (International Federation of Translators. Trimestral.)

META. Journal des Traducteurs/Translators Journal. (Organe d'Information et de Recherche dans les Domaines de la Traduction, de la Terminologie et de l'Interprétation. Trimestral. Disponible *on line*: www.erudit.org/revue/meta.)

TTR – Traduction, Terminologie, Rédaction. (Association Canadienne de Traductologie/ Canadian Association for Translation Studies. Bilingual.)

Boletín de medicina y traducción. (<http://www.medtrad.org/panacea.html>.)

La linterna del traductor. (<http://traduccion.rediris.es/3/index.htm>.)

Punto y coma. Boletín de las unidades españolas de traducción de la Comisión Europea (http://europa.eu.int/comm/translation/index_es.htm.)

Ejemplos de diccionarios especializados

Bompiani, Valentino. *Diccionario literario de obras y personajes de todos los tiempos y todos los países*, 18 vols. Barcelona: Hora, S.A.

Ferrater Mora, José. *Diccionario de filosofía*, 4 vols. Barcelona: Círculo de Lectores, 1992.

Giner, Salvador et al. *Diccionario de sociología*. Madrid: Alianza Editorial, 2004.

Molina Álvarez de Cienfuegos, Ignacio. *Diccionario de ciencia política y sociología*. Gradada: Editorial Comares, 1993.

Pardo Alonso, Inmaculada et al. *Diccionario de ciencias sociales*. Madrid: Editorial Escuela española, 1992.

Universidad Complutense de Madrid, *Diccionario Crítico de Ciencias Sociales (en construcción)*: <http://www.ucm.es/info/eurotheo/diccionario/>.

APÉNDICE E

ESTUDIO DE ALGUNOS CASOS DESDE LA PERSPECTIVA DEL EDITOR

Trabajar con un traductor sin experiencia

En una ocasión, cuando todos los intentos de encontrar a un traductor con experiencia y con la formación técnica necesaria fracasaron, nuestra editorial decidió contratar a una estudiante que tenía una licenciatura en la disciplina a la que pertenecía el texto. La estudiante había trabajado durante varios años como periodista en algunos de los países de los que se ocupaba el estudio y estaba escribiendo la tesis sobre un tema afín, pero nunca había traducido. Antes de empezar la traducción, me reuní varias veces con ella y le expliqué cuáles eran los procedimientos generales de traducción, mostrándole algunos ejemplos de traducciones defectuosas que había recibido en el pasado: traducciones demasiado fieles, es decir, excesivamente literales; textos con frases complejas que parecían no tener fin; pasajes que quizá funcionarían en francés (la lengua de partida) pero no en inglés (la lengua de llegada), etc. Subrayé la necesidad de encontrar una voz y un estilo que reprodujeran el texto original sin imitarlo ciegamente. También hablamos sobre fuentes documentales y técnicas de trabajo: la utilización de tesauros, la lectura de libros escritos originalmente en inglés sobre el mismo tema, etc. Recalqué la importancia de establecer y mantener

contacto con el autor y el editor, así como la necesidad de confeccionar una lista con preguntas para cada uno de ellos, de crear un glosario de traducción de términos técnicos, de localizar las traducciones estándar al inglés del material citado y de identificar los ejemplos cuando se tuviera que trabajar en las traducciones, etc. Todo eso equivalía una especie de mini-taller en técnicas de traducción. Gracias a este largo y arduo proceso, así como al compromiso, inteligencia y esfuerzo de la traductora, el resultado fue una excelente traducción.

Algunos colegas a quienes expliqué la experiencia me respondieron que, independientemente del buen resultado conseguido, el esfuerzo que requería aleccionar al traductor era excesivo. Por mi parte, tampoco habría estado de acuerdo en tener que realizar un mini-taller de traducción cada vez que hubiera que hacer una traducción. Sería muchísimo mejor que los especialistas en ciencias sociales reconocieran la conveniencia de proporcionar a las futuras generaciones de especialistas no sólo una formación avanzada en lenguas, sino también una formación en traducción como la que hemos descrito.

¿Qué hacer con una traducción inservible?

En otra ocasión, una obra de carácter erudito e interdisciplinario que precisaba de un traductor que pudiera manejar temas relacionados con la literatura, la historia, la política, el psicoanálisis, la medicina y la antropología de los siglos XVIII, XIX y XX llevó a nuestro editor a contratar a un traductor experimentado que, en el pasado, ya había traducido con éxito para él obras de carácter literario. Sin embargo, tras leer un capítulo de muestra, me di cuenta de que el traductor no era capaz de comprender –y no hablemos de reproducir– el lenguaje no literario del texto y la argumentación que éste seguía. Comenté esta cuestión con el traductor y le pedí otra versión. Cotejé la nueva versión con el original línea por línea, pero el resultado seguía siendo inaceptable. Por consiguiente, contraté a otro traductor para que rehiciera la traducción. Rehacer una traducción mediocre no garantiza un resultado deslumbrante, pero, en este caso, el trabajo del “co-traductor” fue fructífero y el nuevo texto resultó, en última instancia, aceptable. Ambos traductores acordaron firmar conjuntamente la traducción.

Involucrar al autor

El autor puede desempeñar un papel muy útil en el proceso de traducción respondiendo a las preguntas del editor y el traductor, facilitando la referencia de las fuentes originales, etc. Sin embargo, recuerdo una ocasión en la que el autor llegó al extremo de elegir él mismo al traductor –traductora en este caso–, aduciendo que se trataba de una persona que ya había traducido artículos para él en otras ocasiones y que estaba satisfecho con el resultado. Además, el autor afirmaba ser completamente bilingüe. Sin embargo, durante el proceso de traducción, nos vimos obligados a hacer ver al autor que no era tan competente como creía para juzgar el estilo o la traducción de los términos técnicos. Finalmente, el autor acabó aceptando que nuestra preocupación tenía una base real: fue después de que dos respetados especialistas revisaran la traducción y criticaran el hecho de que ésta minimizaba las innovaciones teóricas de su trabajo.

APÉNDICE F

EJEMPLOS DE TRADUCCIONES LITERALES

El error más común en que incurren los traductores novatos es el de producir unos textos que dependen excesivamente de los elementos formales de la lengua de partida, los cuales reproducen de manera más o menos literal. A continuación, veremos algunos ejemplos de este tipo de traducciones literales; inmediatamente a continuación, en cursiva, propondremos versiones más aceptables. (N.B. No proporcionamos las citas en la lengua original porque los editores que no están familiarizados con la lengua de partida tienen que trabajar exclusivamente con la lengua de llegada.)

Uno de los mayores logros artísticos e intelectuales de la edad del barroco fue el estudio del conflicto entre el Imperio romano y las fuerzas que lo destruyeron. Ése fue el caso de *The Decline and Fall of the Roman Empire* de Edward Gibbon. Gibbon fue un inglés de medios independientes y una salud pobre, nacido en 1737, con una buena escolarización pero que principalmente se autoeducó leyendo, leyendo, leyendo.

El estudio del conflicto entre el Imperio romano y las fuerzas que lo destruyeron fue uno de los mayores logros artísticos e intelectuales del Barroco. Es el caso de The Decline and Fall of the Roman Empire (Auge y caída del Imperio romano) del autor inglés Edward Gibbon. Gibbon, nacido en 1737, era un hombre con recursos económicos una salud frágil, y si bien recibió una formación escolar, su educación fue fundamentalmente autodidacta: leyó, leyó y leyó.

*

Gracias a esta elección, las bellas letras y las bellas artes de la edad clásica respiran una atmósfera común y de ellas se desprende un aire de familia fácilmente reconocible; y sin embargo, en las páginas siguientes, no contemplo la coherencia cultural del siglo XVII como un axioma cuya verdad esté dada de antemano.

Gracias a esta elección, la literatura y las artes de la época del clasicismo respiran una atmósfera común: de ellas se desprende un aire de familia fácilmente reconocible. Sin embargo, en las páginas que siguen, no consideraré la coherencia cultural del siglo XVII como un axioma cuya verdad esté fuera de discusión.

*

Las mutaciones se producen bruscamente en individuos aislados, generalmente sin causa aparente. Se deben a modificaciones de los genes o de los cromosomas. La teoría que explica la evolución de las especies por mutación se llama mutacionismo y fue creada por A. Wallace y A. Weismann, desarrollada por De Vries y confirmada por las leyes de Mendel.

Las mutaciones se producen de forma brusca en individuos aislados, por lo general sin que haya una causa aparente, y son debidas a modificaciones de los genes o de los cromosomas. La teoría que explica la evolución de las especies por mutación se llama mutacionismo. Formulada por A. Wallace y A. Weismann, y desarrollada posteriormente por De Vries, la teoría del mutacionismo encontró su confirmación en las leyes de Mendel.

*

Sin embargo, la teoría científica nunca puede ser probada al mismo nivel absoluto de un teorema matemático: se la considera meramente altamente probable y basada en la evidencia disponible. La llamada prueba científica recae en la observación y la percepción, ambas son falibles y sólo proporcionan aproximaciones a la verdad.

Sin embargo, las teorías científicas nunca pueden llegar a probarse al mismo nivel absoluto que los teoremas matemáticos: son consideradas meramente como teorías altamente probables en función de las pruebas disponibles. Lo que denominamos "prueba científica"

se basa en la observación y la percepción, que son fallibles y sólo proporcionan aproximaciones a la verdad.

*

Otra peculiaridad que salta a la vista del lector occidental en la literatura rusa es la uniformidad de la población y de su vida en este gran país, la unidad patentemente espontánea de todo lo ruso, o que, en todo caso, existe desde hace mucho tiempo, hasta el punto de que, a menudo, resultaría ocioso indicar en qué territorio se desarrolla la acción.

En la literatura rusa, hay otra peculiaridad que llama la atención del lector occidental: la uniformidad de la población y de su estilo de vida en un país tan extenso, es decir, la unidad manifiestamente espontánea de todo lo ruso. Una unidad que, en cualquier caso, existiría desde hace mucho tiempo, lo que comporta que, en muchas ocasiones, resulte ocioso indicar en qué territorio se desarrolla la acción.

*

No fue hasta la década de 1950 que esta situación empezó a cambiar. La aparente llegada de una “edad de bonanza” planteó nuevas preguntas históricas y reavivó el interés en el carácter y representatividad del desarrollo social inglés.

Hacia 1950, sin embargo, la situación empezó a cambiar. El aparente comienzo de una “época de bonanza” planteó preguntas históricas nuevas y reavivó el interés por el carácter y la representatividad del progreso social llevado a cabo en Inglaterra.

*

La actual crisis del partido laborista tiene unas raíces más profundas que la victoria conservadora de 1997, la emergencia de la izquierda Bennite y la emergencia del SDP (Partido socialdemócrata).

Las raíces de la actual crisis del partido laborista son profundas y van más allá de la victoria conservadora de 1997, de la emergencia de la izquierda denominada Bennite, liderada por Tony Benn, y de la aparición del SDP (Partido socialdemócrata).

*

Ni qué decir tiene que se mantenía que los pueblos primitivos no podían tener sino las concepciones religiosas más toscas: ya hemos tenido ocasión de observar por qué distintas vías se suponía que habían llegado a ellas. Insistiremos en ello, recordando aquella explicación condescendiente, dada una vez averiguado sin margen de duda alguno que los primitivos, incluso los cazadores y recolectores, contaban con dioses de características morales muy elevadas, según la cual tenían que haber recibido tales concepciones de otros pueblos, o bien simplemente haber aceptado, sin entender su significado, las palabras correspondientes, oídas a gente de una cultura superior.

Por supuesto, se argumentaba que las concepciones religiosas de los pueblos primitivos no podían ser sino de lo más tosco: ya hemos tenido ocasión de mencionar las distintas vías a través de las cuales supuestamente estos pueblos habían llegado a elaborarlas. Sin embargo, no está de más recordar de nuevo aquí la explicación condescendiente que se esgrimió cuando se constató que los pueblos primitivos —incluidos los cazadores y los recolectores— tenían unos dioses cuyas características morales eran muy elevadas: según dicha explicación, o bien habían recibido tales concepciones de otros pueblos o bien simplemente habían aceptado, sin entender su significado, las palabras que habían escuchado de labios de gentes pertenecientes a una cultura superior.

APÉNDICE G

LA TRADUCCIÓN AUTOMÁTICA

Aunque en la década de 1950, en los albores de la época de los ordenadores, los defensores de la traducción automática predijeron que los ordenadores pronto serían capaces de producir traducciones pulsando un botón, en los años 60 y 70 del pasado siglo se empezó a tener dudas. Sin embargo, en las dos últimas décadas se han producido dos hechos significativos: por un lado, el poder de los ordenadores ha empezado a estar a la altura de las circunstancias y, por otro, la profesión ha llegado a tener una mejor comprensión acerca de lo que la traducción automática puede y no puede hacer.

Cuando una traducción tiene que alcanzar un nivel de calidad suficiente como para permitir su publicación, tanto la traducción humana como la automática pueden jugar un papel. Está demostrado que la traducción automática resulta rentable en el caso de traducciones voluminosas o rápidas de documentación técnica (aburrida), de manuales de *software* de localización (muy repetitivos), y en muchas otras situaciones en las que los costes de la traducción automática junto con los de la necesaria preparación y revisión humana, así como los de utilizar herramientas de traducción automática (*workstation*, etc.), son significativamente menores que los que entraña la traducción tradicional sin ayuda de

los ordenadores. Por contra, el traductor humano no tiene (ni tendrá) rival en el caso de textos lingüísticos sofisticados y no repetitivos (por ejemplo, la literatura y el derecho) e incluso para textos únicos sobre temas técnicos y altamente especializados.²

Estos progresos han llegado en un momento crítico. Los gobiernos, las ONGs, los medios de comunicación y los académicos se están enfrentando a las consecuencias lingüísticas de la globalización, y el índice y el alcance de las comunicaciones a nivel mundial aún siguen eclosionando. Si la imprenta de Gutenberg eliminó el obstáculo del tiempo, Internet ha hecho que la distancia sea algo irrelevante. La escasez de servicios de traducción efectivos se ha convertido en la última barrera para la libre comunicación entre los pueblos del mundo.

El volumen total del material potencial es tal que no todos los textos pueden llegar a una transformación completa de una lengua a otra. La traducción completa o exhaustiva, que hasta hace poco era la norma, ocupa uno de los extremos del abanico de posibilidades con el que nos enfrentamos. Sigue siendo la norma en el caso de los tratados y acuerdos intergubernamentales, de los sondeos y las encuestas, de las solicitudes de becas y subvenciones, etc., en donde toda nueva versión en una nueva lengua debe ser calificada de “oficial,”

²John Hutchins. “Computer based translation in Europe and North America, and its future prospects.” JAPIO 20th anniversary. (Tokyo: Japan Patent Information Organization, 2005), 156–160. <http://ourworld.compuserve.com/homepages/WJHutchins>.

y también sigue siendo la norma para las obras de carácter académico. En estos casos, los valores que tradicionalmente se utilizan para valorar una traducción –exactitud (reproducción del contenido) y fidelidad (reproducción de la forma)- todavía son muy importantes. En el otro extremo del abanico se sitúan diversos tipos de traducciones poco sistemáticas cuyo objetivo es identificar en una lengua los tópicos –o incluso simplemente las entidades- a los que se hace referencia en la otra lengua, es decir, poner de manifiesto el quién, el qué, el cómo, el cuándo y el dónde del texto. En este caso, prima la preocupación por el contenido. Cuando las agencias gubernamentales o quienes navegan por Internet necesitan determinar si un texto (o una página Web) les resultará útil, lo mejor que pueden hacer decantarse por esta opción, y es aquí donde radica la ventaja de la traducción automática. La traducción automática también puede ser útil para buscar y traducir palabras clave o para proporcionar *grosso modo* material para resúmenes de textos en la lengua de llegada pero originalmente escritos en otra lengua. Hablando en términos generales, la traducción automática está adquiriendo un protagonismo propio en aquellos casos en los que el resultado deseado es un primer paso, un medio para llegar a un fin más que un fin en sí mismo.

Últimamente se ha hecho mucho en relación con un proceso que combina la traducción humana y la traducción automática: la traducción asistida por ordenador. Muchos traductores utilizan ya herramientas informáticas, como los diccionarios *on-line*. La traducción asistida por ordenador va más lejos e incorpora *software* que, por ejemplo, graba y almacena automáticamente algunas construcciones sintácticas o colocaciones léxicas (esto último resulta particularmente útil para la consistencia en el caso de los términos técnicos) en las lenguas de partida y de llegada, y las ofrece como posibles traducciones cuando aparecen de nuevo en el texto. Para más información, véase Scott Bass, Scott. “Machine vs. Human Translation” (“Traducción automática vs. Traducción humana”). www.advancedlanguagetranslation.com/articles/machine_vs_human_translation.pdf.

Dicho esto, el esfuerzo que se requiere para convertir la traducción automática, o incluso los borradores de la traducción automática asistida por ordenador, en una traducción publicable puede ser tan grande como el que se requiere mediante el proceso tradicional. Como resultado, los textos lingüísticamente sofisticados que quieran llegar a un público amplio y perspicaz seguirán necesitando, ahora y en un futuro previsiblemente largo, justamente esto: el proceso que hemos explicado en estas Pautas.

APÉNDICE H

EXTRACTOS DEL ENSAYO DE IMMANUEL WALLERSTEIN

Extractos del ensayo de Immanuel Wallerstein, "Concepts in the Social Sciences: Problems of Translation." ("Los conceptos en las ciencias sociales: problemas de traducción.") *Translation Spectrum: Essays in Theory and Practice*. Marilyn Gaddis Rose, ed. (Albany: State University of New York Press, 1981), 88-98.

Los textos de ciencias sociales utilizan los conceptos como elemento central de la comunicación. Los conceptos son definidos y aplicados más o menos claramente por el autor. Por un lado, constituyen referencias de significado compartidas, resúmenes de datos compartidos o clasificaciones de la realidad. Si los conceptos no fueran compartidos por otros, el texto sería un galimatías. Por otro lado, estos conceptos no son *universalmente* compartidos, por lo que a menudo son objeto de un conflicto abierto y violento. Para traducir bien un concepto, el traductor debe conocer (a) el grado en que un concepto es, de hecho, compartido por otros (y por quién), tanto en la época en que se escribió el texto como en el momento de la traducción, y (b) las variaciones en las comunidades que lo comparten en cada una de las dos lenguas. El traductor también debería ser capaz de deducir la percepción que tiene el autor en relación con el consenso de que goza el concepto en cuestión, es decir, si el autor es o no consciente de ello o si está dispuesto a reconocer la legitimidad del debate sobre el concepto en sí.

Ésta es una exigencia para la que virtualmente no existen obras de referencia que puedan ofrecer tal información. La ayuda que podrá proporcionar un diccionario, ni aún siendo el mejor, será muy escasa. A veces las enciclopedias resultan más útiles. Sin embargo, básicamente el único camino que hay para llegar a adquirir un saber de este tipo es haber leído ampliamente sobre la materia y haberlo hecho en las dos lenguas.

En términos ideales, por tanto, el traductor debe ser alguien que no sólo tenga un dominio de la traducción en cuanto técnica general, sino que tiene que estar familiarizado con la literatura de la disciplina abarcando un largo período de tiempo, y preferentemente tiene que ser alguien con un interés directo en la material que se discute en el texto. Este ideal nunca llegará a alcanzarse hasta que nos decidamos a crear un cuerpo de traductores especializados en ciencias sociales que tengan una formación tanto en las técnicas de traducción como en las ciencias sociales. No trataré aquí los prerrequisitos organizativos para crear un cuerpo de este tipo. Basta decir que, hoy por hoy, no existe. La mayoría de las traducciones que se llevan a cabo en el ámbito de las ciencias sociales son hechas o bien por especialistas que no son muy buenos traductores o bien por traductores con experiencia en traducir literatura más que ciencias sociales. Los resultados son, la mayoría de las veces, espantosos (ciertamente con algunas notables –aunque raras– excepciones).

APÉNDICE I

UN LLAMAMIENTO A LOS ESPECIALISTAS EN CIENCIAS SOCIALES PARA QUE ESCRIBAN EN SUS PROPIA LENGUA

El inglés se está convirtiendo, cada vez más, en la lengua del discurso de las ciencias sociales a escala internacional. Hay muchos más textos traducidos *del inglés que al inglés*. Más aún: en todo el mundo, los investigadores que se ocupan de las ciencias sociales en comunidades de habla no inglesa han aceptado escribir en inglés. A nuestro entender, esta práctica supone un problema para las ciencias sociales como tales, por lo que hacemos un llamamiento a los investigadores para que no dejen de escribir en sus propias lenguas.

Los conceptos de las ciencias sociales y los términos que se utilizan para expresarlos están modelados por las características de la lengua en la que originariamente se producen y, en consecuencia, por la experiencia cultural e histórica de los usuarios de esa lengua. Como señala Humboldt en *Los vascos*: «La diversidad de lenguas no puede reducirse a la diversidad de designaciones para un objeto; constituyen diferentes perspectivas de ese objeto. . . . La prodigalidad del mundo y de lo que percibimos en él aumenta en proporción directa a la diversidad de lenguas, que asimismo expande los límites de la existencia humana obsequiándonos con nuevas maneras de sentir y pensar» (*Gesammelte Schriften*, VII:602). La tendencia del inglés a convertirse en la lengua franca en el ámbito de las ciencias sociales (un hecho indiscutible en el caso de las ciencias naturales) constriñe la capacidad de dichas ciencias para generar lo que Humboldt denominaba «diferentes perspectivas».

La creciente hegemonía de una única lengua ha tenido varios efectos perjudiciales. En primer lugar, los autores que escriben en una segunda lengua están menos capacitados para expresar sus

ideas con precisión e introducir matices sofisticados que los autores que escriben en su propia lengua, no importa lo bien que la hayan aprendido. En segundo lugar, la inexistencia de una literatura floreciente en las ciencias sociales en una lengua natural dada cortocircuita las bases para la comunicación acerca de cuestiones de la disciplina en esa comunidad lingüística. En tercer lugar, las formas de pensamiento y argumentación en la comunidad angloamericana que se ocupa de las ciencias sociales se ha convertido en un lecho de Procusto a cuyas dimensiones deben adaptarse todas las conceptualizaciones. El resultado es una creciente homogenización y un empobrecimiento del discurso de las ciencias sociales.

De estas observaciones, y del conjunto de las pautas que proponemos, se sigue que las traducciones cuidadas de estudios escritos desde las diferentes perspectivas que ofrecen las diversas lenguas y culturas pueden contribuir a promover un diálogo intercultural más profundo y reavivar las ciencias sociales como tales. En consecuencia, es necesario que los académicos presten una mayor atención al papel que desempeñan las traducciones en sus disciplinas respectivas. Deberían dar pasos concretos para animar a sus colegas, tanto a los más jóvenes como a los que ocupan puestos de responsabilidad, para que acometan la traducción de obras significativas escritas en otras lenguas, así como hacer que tanto los responsables de las becas de investigación como los comités formados por los titulares de las universidades y los encargados de las promociones sean conscientes de la trascendencia que tienen tales traducciones y de su valor académico.